

En clave de educación

¿Qué deberían aprender los estudiantes de hoy para ser protagonistas de su futuro?

Entrevista de Carlos Magro a David Martín

CM David, muchas gracias por aceptar nuestra invitación a tener esta conversación distendida, informal, para hablar sobre temas que nos preocupan a los dos y a mucha otra gente, que tienen que ver con los fines de la escuela, los fines de la educación, el qué debemos aprender, cómo debemos hacerlo, cuáles son las dificultades... Quizá porque no logramos lo que queremos y sabemos que tenemos que lograr. Ese tipo de temas que, al fin y al cabo, nos ocupan, en el buen sentido de la palabra, a todos y a nosotros dos desde luego, a diario.

DM Encantado, muchas gracias a vosotros por la invitación. Me parece que, además, son preguntas que no hay que dejar de hacerse nunca. Por definición, en educación, siempre están ahí. Y creo que siempre deberían estar.

CM Sí, yo también. Creo que, a veces, en educación, porque el día a día del docente en un aula es muy estresante, muy exigente, muy difícil, porque tiene muchos alumnos muy diversos, muchas demandas (de la dirección, de la inspección, de la Administración, de la sociedad, de los padres...), nos centramos tanto en las metodologías que nos olvidamos de las metas. Y por eso queríamos empezar con esas preguntas. Porque, al fin y al cabo, si tenemos bien claro eso —que parece que sí, aunque a lo mejor no estamos de acuerdo en todo—, si tenemos bien claras las metas, lo demás se armaría de una manera más natural. Entonces, lo primero es eso: el porqué de la escuela hoy. Seguro que tienes algo que decir. El porqué de la escuela hoy. ¿Por qué vamos a la escuela? ¿Por qué un niño, más allá de que le obliguemos, pasa más de diez años de su vida escolarizado en un lugar concreto, con unos compañeros y con unas personas que se llaman «docentes»? ¿Por qué tiene sentido que vayan los niños a la escuela hoy?

DV Es una pregunta que nos puede llevar a muchas conversaciones distintas porque el debate suele centrarse mucho en torno a cómo el mundo ha cambiado, cómo el mundo es un lugar cada vez más cambiante, más en transformación, y cómo la escuela no puede llevar el ritmo que la sociedad requiere, que el mundo requiere para estar a esa altura de constante cambio.

Entonces, preguntarse qué es la escuela hoy y para qué vamos a la escuela —más allá de los debates históricos de cómo se concibió este modelo de escuela-fábrica que, de alguna manera, siempre está presente en todas las conversaciones acerca del propósito escolar o de la educación—, yo diría que hoy, renovando un poquito el debate e intentando incluso pensar en el futuro, una reflexión sobre los fines de la educación es una reflexión sobre el destino del ser humano. Ahí hay filósofos que han hablado de esto y creo que tendríamos que pensar qué tipo de futuro queremos y, por lo tanto, cómo lo vamos a construir.

La escuela se supone que es ese espacio donde, de la misma manera que hace miles de años, las comunidades se han organizado para acompañar a los más pequeños para ser funcionales en la sociedad en la que vivían, fuera la que fuera. La nuestra hoy requiere una serie de competencias, de valores, de inteligencias, que hay que poner en marcha para construir y para ser funcionales en este mundo. Eso tiene mucho que ver con las Habilidades 21. Tiene mucho que ver también con la ética. Y a mí me parece que ese es un debate muy de fondo que tiene poco que ver con la metodología y que tiene mucho que ver con, si quieres, la cultura, la mentalidad que tenemos a la hora de entender la educación y que, desde mi punto de vista, va más allá de centrarnos en cuáles son las habilidades que tenemos que aprender —que seguro que estamos de acuerdo en todas—, sino de para qué las vamos a poner en marcha.

Desde mi punto de vista, hay un debate habitual en torno a cuáles son esas habilidades que tenemos que ejercitar, y podemos hablar de tener iniciativa o de saber colaborar, por ejemplo, pero esas mismas habilidades las podríamos poner en marcha para destruir o para hacer del mundo un lugar peor. Y lo vemos a nuestro alrededor todos los días: hay personas que colaboran para hacer el mal o que tienen iniciativas que destruyen más que construyen. Entonces, para mí, hay un elemento ético que tiene que estar siempre de la mano de todo propósito educativo. Educamos para eso, educamos para mejorar el mundo, educamos para construir una sociedad mejor que la que tenemos. La educación tiene un componente ideológico claro, casi utópico.

CM Sí, yo estoy muy de acuerdo con eso. Esta idea de «no hay sueño sin esperanza ni esperanza sin una utopía que nos pueda mover, que nos haga caminar». Yo ahí estoy de acuerdo. Lo que pasa es que, luego, de repente, me entran algunas dudas. Por ejemplo, ¿esos fines son los mismos para todos? O, dicho de otra manera: ¿cómo podemos compaginar esas grandes metas globales con metas locales que tienen que ver con los contextos donde, al final, vivimos las personas y operan las escuelas? Desde tu punto de vista, ¿estas metas cómo dialogan entre sí, lo global con lo contextual? Sería una pregunta.

Y te hago una segunda, muy vinculada. También estoy de acuerdo en que, al final, detrás de la escuela hay un fin ético, político también, ideológico sin duda. Sin embargo, a veces, a la escuela le queremos dar un tinte de neutralidad. O discutimos si nos suena muy ético o muy político lo que pasa en la escuela, como si lo que sucediese en la escuela fuese una mera herramienta neutral que nos habilita para adquirir una serie de conocimientos muy concretos y también muy neutrales que nos permiten acceder luego a otros estudios. Ahí hay algo también que me genera tensión. Estando de acuerdo, al menos nosotros, en que hay un fin ético, ¿por qué luego la concreción a veces niega esa eticidad del fin educativo y se centra en una parte más técnica, más pragmática? Los chicos acaban de aprobar, la mayoría afortunadamente, la EvAU. Y eso es una prueba que de ético tiene muy poco. Global, contexto y ética frente, por ejemplo, a una prueba como la del final de Bachillerato para entrar en una universidad en España.

DM ¿Por qué ocurre? Yo creo que es porque vamos a toda velocidad y porque las demandas como docente, hablando de la educación formal, ya sea del ámbito escolar o universitario, las demandas son tantas que no nos da tiempo a hacernos preguntas porque nos vamos estresando mucho por el camino. O sea, es un proceso que requeriría

un diálogo profundo del que los alumnos, además, tendrían que formar parte. A mí, esta frase típica de «Yo estoy solo en el aula» siempre me rechina un poquito, porque es que en el aula jamás estás solo: como mínimo, tienes a veinte, veinticinco, treinta personas contigo que están ahí todos los días, que son tus alumnos. Y la educación tiene que ser, cada vez más, construir el aprendizaje juntos.

Pero más allá de eso, creo que, efectivamente, estamos hablando en muchos casos de un componente ético que puede ser interpretable según culturas, según religiones. Y creo que precisamente eso es lo que tenemos que poner en marcha: la capacidad de comprender la diversidad, de debatir y de ponernos de acuerdo en cuáles son los fines. Yo estoy seguro de que, aunque en mi aula tenga quince nacionalidades, somos capaces de decidir cómo vamos a mejorar nuestra comunidad o nuestro barrio para que todos nos pongamos de acuerdo. A mí me gusta mucho pensar que una escuela es un laboratorio que nos permite, precisamente, testar soluciones para el mundo. Es decir, tienes ahí lo que muchas empresas pagan millonadas por tener, que son personas con distintas formas de ver el mundo, con distintas procedencias, distintos marcos de referencia. Y esa diversidad bien utilizada, bien orientada, es un laboratorio maravilloso para aprender a relacionarte, aprender a comprender la diversidad y a poner en marcha soluciones de inteligencia colectiva.

Lo que pasa es que, claro, la escuela no está concebida así. Esto que yo estoy diciendo suena a ciencia ficción porque es muy minoritario. Existe, sabemos que esto existe en algunos lugares que, además, son capaces de responder al currículum y a la demanda de la Administración porque tienen una cultura de centro realmente impactante. Pero estas experiencias son muy poquitas. Yo probablemente tenga una visión un poco sesgada de la realidad escolar porque, por mi trabajo, suelo estar en contacto fundamentalmente con experiencias muy innovadoras, muy brillantes, muy inspiradoras. Y cuando tu día a día es así, tiendes a pensar que la realidad educativa es mejor de lo que es. Y eso también intento medirlo y balancearlo. Pero, bueno, yo tengo la suerte de haber visto que esto es posible en contextos tremendamente diferentes y no solamente socioeconómicos, sino culturales. Y se parecen en cosas. Tienen ADN en común estos proyectos educativos integrales.

CM ¿Y hasta qué punto esos pequeños lugares que vosotros estáis identificando —me desvío un poco de la temática, pero es que me interesa—, esas escuelas que tenéis mapeadas con otras maneras de hacer, tienen capacidad de influir en sus contextos? No sus contextos sociales, que sí, sino sus contextos escolares cercanos. Es decir, ¿estáis viendo hibridación o impacto o ayuda o apoyo o interacción entre escuelas un poco Changemaker —que no lo habíamos dicho hasta ahora— y otras escuelas que están cercanas? ¿Eso es posible? ¿Hay pautas?

DM Sí, de hecho, ese es uno de los criterios por los cuales las reconocemos: su capacidad de influencia o de comprender que la educación es un bien social y que hay que compartirlo. De lo que estamos hablando es de poner a disposición de los demás los aprendizajes y los errores, que también son muchos, te puedes imaginar: para llegar a implementar un proyecto exitoso de este tipo, te tienes que equivocar muchas veces y las que te quedan. Es también comprender que esto no es una cosa que empiezas un día y la terminas, sino que es un proceso que jamás se acaba. Pero las reconocemos

precisamente porque tienen una visión de transformar la educación, no su escuela solamente. Y de ponerse a disposición de otros para hacerlo.

Entonces, tenemos escuelas que están en el proceso fundacional de Escola Nova 21 en Cataluña o que están liderando el Proyecto Roma en Andalucía —para hablar de España— y que han sido reconocidas porque tienen iniciativas conjuntas con los gobiernos autonómicos y las políticas autonómicas locales. Sin ánimo de ponerlas en un pedestal, ¿eh? Estamos hablando de escuelas públicas, normales, como de cualquier barrio. Lo que pasa es que tienen una serie de aprendizajes que pensamos que pueden ser muy útiles para otras escuelas que, digamos, están empezando a hacerse preguntas.

CM Volvamos sobre la ruta en la que estábamos. Es importante preguntarse los porqués. E inmediatamente, lo siguiente sería preguntarnos el qué: ¿qué debemos aprender? Como tú decías al principio, uno tiene, efectivamente, esa sensación de que, al menos en ciertos discursos, parece que el mundo ha cambiado todo y la escuela no ha cambiado nada. Entonces, entre los qués estaría el cuestionamiento de todo lo que hemos aprendido hasta ahora o todo lo que la escuela te ayudaba normalmente a comprender o a entender, porque ya no nos vale casi nada de eso y tenemos que rehacerlo porque el mundo ha cambiado totalmente. Yo tengo muchas dudas con este discurso tan blanco o negro, pero sí que es interesante que nos cuestionemos qué debemos aprender. Igual lo que debemos aprender es lo que ya estamos diciendo hace veinte años que debemos aprender, pero hay que hacerlo bien. Y hay que hacerlo.

DM O hace cien.

CM O hace cien. Que incluso el qué igual no ha cambiado tanto, lo que pasa es que lo que queremos no lo hemos terminado nunca de lograr del todo. Estoy pensando un poco también en el ámbito de las competencias, que nos acompañan desde hace veinte años y que, sin embargo, por muchas razones —entre otras que llegaron como caídas del cielo— no hemos sabido abordarlas, no sabemos abordarlas. Entonces, ya que hemos respondido un poco a la pregunta del porqué, ¿qué debe una persona, desde tu punto de vista, aprender cuando va a la escuela? O, dicho de otra manera: ¿qué puede aprender una persona en la escuela que no pueda aprender en otros contextos?

DM Esto último que acabas de decir de otros contextos para mí es muy importante porque, aunque llevo toda mi vida trabajando con la educación formal y relacionándome con docentes en todos los niveles, mi trayectoria personal viene más bien de la educación no formal y soy uno de los grandes convencidos de los valores que tiene. Y tendemos, cuando hablamos de educación, a centrarnos solo en lo que pasa en la escuela y nos olvidamos de esos otros contextos o de la propia familia.

La educación no es propiedad de la escuela. Pero si nos centramos en la escuela, creo que, claro, genera cierta angustia, cierta tensión, ponernos a pensar cómo el mundo está cambiando, esta incertidumbre que genera, quizá también ese relativismo. Me hace mucha gracia esa frase de David Trueba: «Bueno, si el mundo está cambiando y nada de lo que estamos aprendiendo será igual en el futuro, lo único que tiene sentido es aprenderse los nombres de los ríos». Es como volver a lo inamovible. Yo por eso no suelo hablar de cambiar la educación —efectivamente hay muchísimo debate sobre ello—, sino de educar para el cambio. Creo que, en este momento histórico en el que

estamos, donde el cambio es tan acelerado, exponencialmente muy muy acelerado, donde desconocemos, es todo muy voluble, etc., etc., hay que gestionar esa tensión para ser capaces, como ciudadanos, de entender que tenemos un rol en la construcción de ese cambio, que los cambios ocurren por algo.

Los cambios los producen las personas normalmente. No sabemos cómo va a ser la tecnología del futuro, pero sí sabemos que serán personas quienes creen la tecnología del futuro. Y ese pasar a la acción, ese comprender que el mundo está ahí para ser transformado, que no somos seres pasivos, ver el mundo con optimismo, por ejemplo, me parece que es algo que inevitablemente tienes que tener en tu paso por la escuela. El comprender que tú estás en el mundo para generar un cambio, una transformación. Que otras personas las van a generar también, las van a generar por ti, y que tú tienes en tu mano ese poder. Siempre hablamos de la escuela como de igualdad de oportunidades. Quizás no tengas la oportunidad de aprender esto en tu casa porque tu contexto familiar o las políticas municipales no te van a dar oportunidad de practicarlo en tu entorno, en tu comunidad o en tu barrio. En la escuela yo creo que esto es irrenunciable, esa toma de conciencia de que tú tienes capacidad de transformar el mundo.

Y eso conlleva muchísimas competencias vinculadas: desde la capacidad de colaborar, pensar críticamente, comprender la información, comprender la crisis política, la democracia y cómo su deterioro, la mediocridad del discurso político tiene un efecto en todo, en tu vida. Creo que hay un nivel de complejidad que, evidentemente, hay que adaptar a tu escala, a tu edad, y que tiene mucho que ver con competencias también *soft skills*, emocionales y demás. Y luego, para mí, y lejos de que esto pueda parecer un discurso centrado en la nueva educación —«Olvidémonos de las asignaturas», etc., creo que sería un error—, de lo que se trata es de poner en marcha, movilizar los conocimientos para resolver cosas. Creo que si algo necesita el mundo es gente muy inteligente, porque los problemas son muy complejos. Los problemas, las megatendencias que tenemos que enfrentar son tremendamente complejas de resolver y necesitamos gente muy lista. Entonces, yo creo que la pregunta es si nos conformamos con haber producido, como si fuera una fábrica, una nueva generación de ingenieros ahora, a final de curso, o si lo que estamos esperando es que esta generación de ingenieros se ponga en marcha, movilice su conocimiento para resolver cosas. Y para mí, esa mentalidad se tiene que aprender.

CM Que al final es la esencia de la competencia, ¿no? Ser capaces de movilizar ese conocimiento. Movilizarlo también como un juicio de valor. Es decir, no es solo saber usar ese conocimiento, sino tener también un marco ético que te permita usarlo por el bien común y para construir, no para destruir.

DM A mí me gusta pensar, retomando la metáfora del laboratorio, en la universidad, por ejemplo, como en un *hub* de soluciones. Creo que en la universidad ya hay algunos casos en que empiezan a darle la vuelta a todo: «Tú no estás aquí para ser abogado», «Tú no estás aquí para ser experto en matemáticas», sino que entienden que el alumnado, durante los cuatro o seis años que pasa ahí, los que sean, va a aprender su asignatura de una forma interdisciplinar, huyendo del conocimiento fragmentado, y va a ser capaz de poner en marcha lo que está aprendiendo también con un componente muy práctico.

Esto, evidentemente, tiene mucho que ver con la demanda de las empresas. Pero, aunque solamente fuera por ese argumento de la salida profesional —que es a lo que normalmente acudimos como argumento principal de para qué vamos a la escuela, por qué nos pasamos quince o veinte años estudiando—, aunque solo fuera por eso, creo que tendría sentido. Pero es que, además, desde el punto de vista de la propia supervivencia como especie, lo necesitamos. No podemos permitirnos estar generando ciudadanos y ciudadanas que no ponen en marcha sus capacidades para mejorar el mundo.

CM Dos cosas que me han sugerido tus palabras. Primero, una idea de refilón, cuando has dicho lo del optimismo. La importancia también de generar ese optimismo dentro de las personas en la escuela. *Optimismo* en el sentido de sentirse capaces de transformar, de impactar. Que podríamos escucharlo desde el punto de vista un poco de esto que llamo yo la «happycracia», de que todos somos felices, la felicidad, y de que podemos transformar el mundo desde los individuos. Pero creo que me suena mejor o me gusta más vincularlo con Freire y sus pedagogías de la esperanza y de la autonomía, y su idea de las posibilidades y de la utopía y de la transformación. Y él precisamente hablaba de ese concepto tan bonito del *optimismo realista*, que precisamente sí que deberíamos trabajarlo, no sé cómo, en las escuelas; esa capacidad de ser optimista sin perder tampoco los pies del suelo.

También pensaba, cuando has dicho que vienes del mundo de la educación informal —un término ya viejo que deberíamos efectivamente eliminar porque todo es educación—, que en esos contextos que llamamos de educación «no formal» o «informal» parece que tradicionalmente se han resuelto mucho mejor cosas que la escuela no es capaz de resolver y que tienen que ver, en cierta manera, con estas habilidades, pero también con las cosas emocionales, con la motivación, con el interés... Y de repente, en lo no formal y lo informal vemos que suceden cosas impensables hasta ahora en lo formal. Entonces, ¿qué maneras de hacer —y ya estamos entrando en cosas más concretas— de las que se manejan en lo no formal o lo informal, y que tú conoces, podrían inspirar la práctica educativa en los ambientes formales?

DM Creo que pensar que lo que ocurre a través de educación no formal no ocurre en la escuela es un error. Cualquiera que piense que en la escuela no hay conflictos, que los alumnos no hablan, no se relacionan... Todo lo que se hace en la educación no formal es posible hacerlo también en la escuela. En cualquier patio, en cualquier recreo, en cualquier pasillo se producen interacciones que nos permiten poner en marcha muchas de las cosas que se están haciendo como foco directo en educación no formal. La única diferencia, probablemente, es que, en la no formal, aparte en muchos casos de ser un refuerzo de estudios —que es como suelen enfocarse muchas de las actividades de la educación no formal—, el foco directo está ahí: está en el desarrollo de competencias sociales, emocionales y demás. En todo lo que tiene que ver con el empoderamiento de las personas. Con tu capacidad para conocerte a ti mismo, conocer a los demás, saber escuchar, saber dialogar, saber resolver conflictos en los que participas tú, en los que hay otras personas... Tiene que ver con relacionarte con el entorno, no solamente el medio natural, sino con tu comunidad, con otras personas, otras generaciones. Creo que en la escuela eso es posible montarlo también. A través de colaboraciones. Y, de hecho, en las escuelas que ASHOKA reconoce, pero en cientos, miles de escuelas por todo el

mundo, esto empieza a ser una tendencia cada vez más frecuente. El entender que la escuela no es tu aula, que el aprendizaje excede a las paredes del edificio donde estoy y empezar a relacionarme con el barrio, con las comunidades.

CM Sí, vosotros tenéis varias en las que al final es todo el pueblo, ¿no?

DM Eso, sí, por ejemplo. Son estrategias típicas de la educación no formal —«Vamos a colaborar con la ONG del barrio», «Vamos a ir al geriátrico a hacer una actividad», «Vamos a ir al campo a hacer una excursión»— que se pueden poner en marcha perfectamente, incluso con sentido curricular, o sea, para aprender biología o para aprender matemáticas o lengua. Y al mismo tiempo estoy poniendo el foco en otro tipo de competencia, es decir, no *en lugar de*, sino *al mismo tiempo*. Yo creo que el error es pensar que o enseño una cosa o enseño la otra. Son perfectamente compatibles.

Y para mí, la otra gran pregunta que está muy vinculada a esto es, lógicamente, la evaluación, en la que siempre se termina aterrizando. Si de verdad pensamos que esto son cosas en las que hay que poner foco, lógicamente tendremos que poner el acento en cómo vamos a saber si estamos mejorando. Yo no soy de los que piensan que lo que no se evalúa no mejora. Hay cosas que mejoran, aunque no se evalúen. Pero desde luego corremos el riesgo de que se deterioren, si no estamos poniendo todo nuestro esfuerzo para mejorarlo. Entonces, creo que hay que renovar claramente la evaluación para poder medir este tipo de cosas y que —y ahí quizá me voy— hay que redefinir el concepto de *éxito escolar*. Quizá deberíamos empezar a pensar que un alumno excelente no lo es solo porque saca buenas notas. Hay por ahí casos muy radicales de alumnos excelentes desde ese punto de vista que luego han hecho *bullying* o que han cometido actos muy violentos que incluso han salido en prensa con este titular: «Todo el mundo está sorprendido porque sacaba muy buenas notas». ¿Qué tiene que ver? Incluso lo que es la cultura del esfuerzo. Es decir, sin cuestionar la necesidad de que nos esforcemos mucho porque, insisto, para mejorar el mundo hay que ponerle mucho empeño y mucho esfuerzo, redefinir lo que tradicionalmente se relaciona con la cultura del esfuerzo: cuesta mucho más dialogar que resolver una cosa a golpes, por ejemplo.

CM Vinculado con esto, una de las preguntas que uno se hace cuando mira los marcos de habilidades para el siglo XXI, para la vida, es que parece que hay un exceso de empeño en pensar en habilidades individuales. En pensar que son habilidades que tiene que desarrollar la persona individualmente, aunque algunas de ellas, como la colaboración, luego resultarán en que necesites interaccionar con alguien. Pero yo tengo un poco esa duda: si la escuela debe centrarse tanto en este concepto individual, que ya por otros lados en la vida está exacerbado, o deberíamos trabajar también la idea de competencias como sociedad, competencias más sociales, competencias colectivas, competencias un poco del bien común. Balancear un poco ese *set* de competencias que es como el supersoldado, el superhombre, *superwoman*, que le colgamos todas las habilidades, o más bien pensar en los colectivos, en las sociedades. No sé cómo lo ves tú, cómo se puede balancear.

DM Creo que, lógicamente, hay que abordar los dos enfoques. Por una parte, tenemos el reto de abordar la necesidad de personalizar muchísimo más los aprendizajes, porque las personas somos distintas; no podemos suponer que todos tenemos que ir a la misma velocidad, por la misma página. Yo creo que casi todo el mundo debería estar de acuerdo

en que eso no tiene sentido y creo que tampoco es real en muchos casos. Entonces, poner un foco muchísimo más en esa personalización y en ser capaces de aprovechar la diversidad del ser humano para aprender de forma diferente y también hacerlo significativo de acuerdo con quién eres y demás.

Pero a la vez, inevitablemente, tenemos que comprender que muchos de los problemas que tenemos a nivel social tienen que ver con nuestra dificultad o nuestra falta de alfabetización en la colaboración y en el diálogo y en la construcción colectiva. Muchos de ellos. Yo creo que es un momento muy interesante en el que hablamos de la «sociedad del aprendizaje» y la «sociedad del conocimiento», y muchos cuestionamos si, en realidad, es real o es la «sociedad del desconocimiento». Y pasa lo mismo con la hiperconectividad, con ese mundo donde tenemos muchas más capacidades que nunca, más potencialidad que nunca, para estar conectados y, probablemente, lo que tenemos es una crisis de relaciones tremenda.

CM Y de soledad.

DM De soledad a nivel individual y de construcción colectiva y ciudadana de soluciones. Igual estoy en un mensaje como un poco elevado o muy intangible, pero si el ser humano existe todavía y estamos aquí a lo largo de los siglos, es porque hemos sido capaces de colaborar para resolver cosas. Y eso también es un voto a favor de los sistemas de escolarización tradicionales, porque han servido, han sido muy útiles, han servido para que el ser humano produjera muchas cosas que hoy nos permiten una vida mejor. La cuestión es que ese sistema operativo hay que actualizarlo. El mundo actual requiere otro tipo de soluciones. Que yo no tengo, ¿eh? Yo no soy experto, no sé decirte cuáles son. Lo que sí sé es que hay mucha gente que las tiene a nuestro alrededor. Que tenemos grandes solucionadores en el ámbito educativo en todo el mundo y, probablemente, lo que no tienen es mucho foco, no tienen visibilidad.

CM No *foco* de «enfocados», sino *foco* de «iluminados».

DM Sí, no están muy iluminados. Esos faros están como muy aislados. Y creo que el reto, entre otras cosas, es precisamente respaldar esto. Reto a todos los niveles: a nivel de financiación, a nivel de políticas públicas, de reconocimiento de la Administración, de soporte, confianza de las familias... Hay muchas cosas de las que podríamos hablar, pero a mí, siempre, lo que me gusta es poner el acento en la cantidad de soluciones que existen. Y eso para mí también es un mensaje positivo.

CM Vamos a ir terminando. Solo tengo una última pregunta, casi anecdótica. De tu experiencia, de las escuelas que están en vuestro entorno, de tu propia reflexión —y ya sé que no hay un marco único—, si pensaras en una de esas grandes habilidades o competencias que hay que trabajar sí o sí en la escuela, que tú estás viendo que en esas escuelas están trabajando especialmente, ¿cuál es o cuál sería para ti? Y con esto ya nos despedimos.

DM ¿Una sola?

CM Una o un conjunto, si quieres.

DM Si tengo que elegir solo una, sería el poner el acento, el foco, en los problemas, en las preguntas, en el cuestionamiento, en la crítica de la realidad.

- CM** La escuela debe preguntar.
- DM** La escuela debe preguntar, sí. En lugar de la escuela de las respuestas. Y eso requiere lógicamente muchas transformaciones. Lleva consigo muchas transformaciones.
- CM** Perfecto. Pues nos quedamos con eso, con la escuela de la pregunta, que fomente la pregunta y no las respuestas. Te agradecemos mucho, una vez más, el que hayas decidido compartir este tiempo con nosotros y ha sido un placer. Muchísimas gracias.